

Lucas: El Evangelio de la Gracia Encarnada

Marzo 2026



Huascar de la Cruz

Es casado y tiene cuatro hijos. Ha sido pastor en México por largo tiempo, y en la actualidad funge como el director del Ministerio Reforma.

CADA DIA, Volumen 26, Número 03, Marzo 2026. Copyright © La Hora de la Reforma. Toda Escritura es de la: Reina Valera 1960. Puede citarse parte de este librito devocional citando la fuente.

Tiraje: 5 mil

Texto: Huascar de la Cruz

Redacción editorial: Huascar de la Cruz

Dirección General: Huascar de la Cruz, director del Ministerio Reforma

Editor: Rubí León

Diagramación: David Marín

Portada: Daniel Ulín



Ministerio
Reforma



Lucas: El Evangelio de la Gracia Encarnada

Huáscar de la Cruz

El evangelio de Lucas nos invita a ver a Jesús con ojos nuevos. No solo como un personaje histórico, sino como el Hijo de Dios que caminó entre nosotros con ternura y poder. Lucas, médico y cuidadoso narrador, investigó todo con detalle para que tengamos plena certeza de lo que creemos. Su relato nos muestra al Cristo que toca al intocable, que se sienta a la mesa con pecadores, que devuelve esperanza a los caídos y que abre el cielo a los que nadie veía.

Cada capítulo de Lucas es una ventana al corazón de Dios. En sus páginas descubrimos que la salvación no es una teoría, sino una persona. Jesús no vino solo a enseñar, sino a rescatar; no vino solo a hablar de amor, sino a vivirlo hasta la cruz. Este evangelio nos recuerda que la fe no comienza con lo que hacemos por Dios, sino con lo que Él ha hecho por nosotros en Cristo.



DIOS HABLA DE NUEVO

“Pero el ángel le dijo: Zacarías, no temas; porque tu oración ha sido oída, y tu mujer Elisabet te dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Juan”.

Lucas 1:13

Aquel día Zacarías estaba “de suerte”. Dios había escogido ese momento exacto para que el sorteo sagrado le fuera favorable. Así que, con gran reverencia, Zacarías entró al santuario para cumplir su servicio. Pero llevaba consigo algo más que incienso: una oración no contestada. Quizás esa petición —tener un hijo— ya ni la hacía. Tal vez había aceptado en silencio que no sería padre. Y sin embargo, había seguido siendo fiel. Sin amargura. Sin reproche.

Entonces, en ese momento sagrado, lo inesperado ocurre: un ángel se le aparece con un mensaje del cielo. ¡Dios ha hablado después de más de cuatrocientos años de silencio profético! Y el mensaje es claro: “Tu oración ha sido oída”.

Uno pensaría que Zacarías gritaría de gozo, caería de rodillas en gratitud. Pero en vez de celebrar, pregunta: “¿En qué conoceré esto? Porque yo soy viejo, y mi mujer es de edad avanzada” (Lucas 1:18). Los engranajes del plan de redención se han puesto en marcha... y no parecen comenzar con mucha fe. Pero ni la incredulidad humana puede frustrar los planes de Dios. Él cumplirá su palabra. Aun cuando sus siervos tiemblan y dudan.

Zacarías salió mudo. No podía contarle con palabras a Elisabet lo que había vivido. Pero lo que Dios empezó en silencio, pronto resonaría en las colinas de Judea con el llanto de un niño que prepararía el camino del Señor.

Ora: Señor, ayúdame a confiar en tus planes para mí y dame la fe para esperar en ti, aun si no entiendo la forma en la que estás obrando. En Jesús, amén.

EL SOL DE UN NUEVO DÍA

“Porque nuestro Dios, en su gran misericordia, nos trae de lo alto el sol de un nuevo día”.

Lucas 1:78 (DHH)

Todos atravesamos temporadas en las que el dolor parece extenderse sin avisar y los problemas no muestran señales de terminar. A veces deseamos que llegue un nuevo comienzo —un mes, un año, una oportunidad— como si un cambio en el calendario pudiera traer, por sí mismo, la luz que tanto anhelamos. Pero el sufrimiento humano no obedece fechas ni relojes.

En medio de esa sensación de incertidumbre, las palabras de nuestro texto, tomadas de uno de los himnos del evangelio de Lucas, ofrecen un rayo de esperanza. Antes del nacimiento de Jesús en Belén, un sacerdote de edad avanzada reconoció que ese momento marcaba un giro en la historia: Dios estaba por revertir el largo infortunio de su pueblo. Los siglos que precedieron la venida de Cristo fueron como un invierno prolongado para Israel. Pero ahora, Dios estaba a punto de iniciar un día completamente nuevo, no solo para una generación, sino para toda la humanidad.

Cristo es para nosotros la luz de ese nuevo día. En Él, la misericordia de Dios brilla con una intensidad única. Su venida al mundo no ofrece solo consuelo temporal para nuestras dificultades; toca la raíz misma de nuestro mayor problema. Por medio de Jesús, la comunión con Dios se vuelve posible —ahora, mañana y por toda la eternidad—. La pregunta es personal y directa: ¿Has visto ya la luz de este nuevo día

Ora: *Precioso Salvador, permite que pongamos las experiencias más difíciles por las que hayamos pasado debajo de tu luz. Amén.*



DESCONCIERTO EN BELÉN

“¡Gloria a Dios en las alturas, Y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!”.

Lucas 2:14

Llama la atención que, cuando Dios decidió anunciar al mundo la llegada de su Hijo, el majestuoso coro de ángeles no fue dirigido a las élites religiosas del momento. Dios escogió a un grupo de pastores anónimos, hombres sencillos que estaban cumpliendo con su trabajo en la quietud de la noche.

Para algunos, este detalle ha sido motivo para cuestionar la credibilidad de los relatos bíblicos. Pero para los creyentes, es una fuente profunda de aliento. Si alguna vez ha pensado que Dios no tendría un lugar para usted porque siente que no tiene las “credenciales” adecuadas, permítame decirle que se equivoca. Dios se especializa en tomar vidas comunes y transformarlas en verdaderas obras maestras.

En aquel momento, los pastores recibieron un privilegio único: escuchar la única presentación angelical registrada en la tierra. Ellos oyeron el anuncio celestial, pero la invitación que recibieron no era simplemente a presenciar un concierto del cielo. El propósito era mucho más profundo: ir y encontrarse con el Salvador recién nacido.

Y esa es también la invitación que Dios extiende hoy. No importa la temporada del año, ni nuestras circunstancias, ni nuestra condición. El llamado sigue siendo el mismo: acercarnos a Jesús, abrirle el corazón y entregarle nuestra vida. Él quiere ser para nosotros lo que el ángel proclamó aquella noche: nuestro Salvador.

Ora: *Gracias Dios, por invitarnos a acercarnos a Jesús. Abre mi corazón para recibirlo cada día y entregar mi vida a tu servicio.
En su nombre, Amén.*



NO HAY FAMILIA PERFECTA

“Cuando le vieron, se sorprendieron; y le dijo su madre: Hijo, ¿por qué nos has hecho así? He aquí, tu padre y yo te hemos buscado con angustia”.

Lucas 2:48

¿Se ha dado cuenta de que, en toda la historia humana, solo ha existido una familia con un Hijo verdaderamente perfecto? Y aun así, esa familia no fue perfecta. Podemos tener padres exigentes, hijos responsables, buenas intenciones... pero la verdad es sencilla: no hay hogares sin dificultades. Incluso la familia escogida para recibir al Salvador del mundo atravesó momentos de confusión, miedo y frustración.

La Biblia nos lo muestra cuando Jesús era niño. José y María lo llevaron al templo en Jerusalén, y al emprender el regreso descubrieron que no estaba con ellos. ¡Tres días de búsqueda! Podemos imaginar la angustia que los consumía, los pensamientos que cruzaban por su mente, quizá hasta lágrimas mezcladas con enojo. Y todo esto en una familia dirigida por Dios mismo. Sí, una familia con el Hijo perfecto... y aun así no estuvo libre de tropiezos.

¿Le dice algo esto? Lo importante no es vivir sin problemas, sino saber a quién acudir cuando aparecen. Cuando José y María finalmente encontraron a Jesús y escucharon sus palabras, recibieron la claridad que necesitaban. Quizá hoy usted esté pensando: “Ya no hay esperanza; mi familia no tiene arreglo”. Pero ahí es donde entra la buena noticia del evangelio: con Dios nunca es demasiado tarde. Él puede restaurar lo que está roto, y devolver la esperanza a un hogar que siente que ya no tiene fuerzas.

Ora: *Danos Padre celestial, la esperanza que nuestros hogares rotos necesitan. Restaura nuestras relaciones familiares y danos un acercamiento como familia a ti. En Jesús, Amén.*

ANTES DEL PRIMER MILAGRO

“y descendió el Espíritu Santo sobre él en forma corporal, como paloma, y vino una voz del cielo que decía: Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia”.

Lucas 3:22

¡Qué palabras tan afirmativas para un hijo! Cuando Jesús apenas empieza a aparecer en la escena pública, de pronto se oye la voz de Dios desde lo alto. Lo que parecía un acto sencillo —un bautismo a la orilla del Jordán— se transforma en un momento cósmico. Y lo que el Padre declara acerca de su Hijo es aquello que tantos anhelan escuchar: “Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia.”

¿Se ha fijado que estas palabras llegan antes de que Jesús haya hecho algo que la gente consideraría extraordinario. Todavía no ha realizado un milagro. Todavía no ha pronunciado un sermón memorable. Todavía no tiene discípulos siguiéndole. Y sin embargo, el Padre celestial está complacido con Él. ¿Por qué? Porque su amor no depende de lo que Jesús haga, sino de quién es: su Hijo amado.

Qué contraste tan necesario para nuestros días, en los que el valor personal parece medirse por los logros, los títulos, la apariencia, el éxito o los bienes que poseemos. ¡Qué alivio es saber que Dios no nos mira con la fría exigencia de quien solo ama cuando cumplimos expectativas! Al contrario: el Padre celestial envió a su Hijo para restaurar la relación rota que teníamos con Él, para que también nosotros pudiéramos escuchar en el evangelio: “Eres amado. Eres mío. En ti me deleito”. Ese es el corazón del Padre. Y ese es el descanso que podemos encontrar en Jesús.

Ora: *Padre, gracias porque tu amor no depende de nuestros logros sino de tu gracia. Recuérdanos cada día que somos tus hijos amados. En el nombre de Jesús, Amén.*

LA GUÍA DEL ESPÍRITU

“Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán, y fue llevado por el Espíritu al desierto por cuarenta días, y era tentado por el diablo”.

Lucas 4:1-2

¿Qué es lo que más le sorprende del episodio de las tentaciones de Jesús? A mí me impacta especialmente esta frase: “fue llevado por el Espíritu al desierto.” Es decir, Dios mismo conduce a su Hijo hacia un lugar de prueba. No lo abandona, no lo expone sin propósito... lo guía. Esto nos recuerda algo profundamente incómodo pero verdadero: las pruebas no están fuera del alcance soberano de Dios. Él no pierde control cuando usted atraviesa un momento difícil; muchas veces es allí donde forma carácter, afirma identidad y expone mentiras que deben caer.

Y note esto: los ataques del enemigo se dirigen precisamente a lo que Dios acaba de declarar en el bautismo de Jesús: “Tú eres mi Hijo amado.” Pero el diablo susurra: “Si eres Hijo de Dios...” La tentación es clara: dudar de lo que Dios dijo, exigir pruebas, buscar confirmación fuera de la Palabra, hacer algo espectacular para “demostrar” lo que ya es verdad.

Jesús enfrenta esa presión después de cuarenta días sin comer. Él nos muestra cómo se pelea en el desierto: con prácticas espirituales como el ayuno y la oración, con la espada del Espíritu, la Palabra de Dios, y con una confianza firme en lo que el Padre ha dicho. Quizá hoy usted también esté en un “desierto”. No buscó ese lugar; simplemente llegó. Pero no olvide esto: si el Espíritu lo ha llevado allí, también lo sostendrá allí.

Ora: *Guíame, Señor, en medio del desierto y haz de tu Palabra mi sostén. Que mi fe en ti sea más grande que las tentaciones. En Jesucristo, Amén.*

UN JUICIO PRECIPITADO

“Al oír estas cosas, todos en la sinagoga se llenaron de ira... y le llevaron hasta la cumbre del monte sobre el cual estaba edificada la ciudad de ellos, para despeñarle”.

Lucas 4:28-29

El rechazo duele. Y aunque puede venir de cualquier parte, hiere más cuando proviene de quienes deberían abrazarnos: nuestra familia, nuestra comunidad, nuestra propia gente. A Jesús le ocurrió así. En su tierra. Entre los que lo habían visto crecer. En pleno día de reposo.

Al ponerse de pie en la sinagoga y afirmar que las profecías de Isaías se estaban cumpliendo en Él, la reacción fue confusa. ¿Mesías? ¿Él? ¿El hijo del carpintero? Lo conocían demasiado bien para tomarlo en serio. Pero Jesús conocía los corazones. Sabía que muchos esperaban un Mesías guerrero, un libertador nacionalista. Sabía que no estaban preparados para una gracia que abrazara también a los extranjeros, a los indeseables, a los que vivían fuera de los límites que ellos consideraban aceptables.

Y entonces lanzó la verdad que no querían escuchar: habló de Elías y la viuda de Sarepta... de Eliseo y Naamán, el sirio. Dos actos de gracia fuera de Israel. Fue demasiado. La admiración se transformó en ira. Las palabras de gracia se volvieron insoportables. Lo expulsaron de la sinagoga, lo llevaron al borde del monte y quisieron matarlo. Pero Jesús pasó entre ellos... y siguió su camino. Así que, cuando el rechazo toque nuestra vida —como tocó la de Jesús— recordemos que no caminamos solos: el mismo Señor que atravesó la multitud sigue caminando con nosotros hoy.

Ora: *Jesús, no permitas que el rechazo del mundo me desanime.
Tómame de la mano y ayúdame a caminar a tu lado. Amén.*

LA BENDICIÓN QUE DOBLEGA

“Y asimismo de Jacobo y Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Pero Jesús dijo a Simón: No temas; desde ahora serás pescador de hombres”.

Lucas 5:10

¿No le parece curiosa la reacción de Pedro después de la “pesca milagrosa”? Él acaba de vivir la mejor pesca de su vida. Y esto después de una noche entera de frustración. Una noche en la que un pescador experimentado como él no pudo mostrar ni un solo pez para aliviar su vergüenza. Pero ahora, a la simple orden de Jesús —el “inexperto”, el carpintero— las redes se llenan tanto que necesitan ayuda de otras barcas. Es tanta la bendición que las embarcaciones apenas pueden sostener el peso.

Y aquí es donde la historia nos sorprende. Porque cuando algo así nos pasa a nosotros —una enfermedad sanada, una puerta que se abre, una necesidad cubierta— lo normal es saltar de alegría. En muchos testimonios que escuchamos, celebramos nuestra fe... pero pocas veces doblamos el corazón.

Pedro sí lo hizo. En vez de celebrar su buena pesca, cae de rodillas. La bendición no lo elevó... lo quebrantó. No lo hizo sentirse autosuficiente... lo llevó a reconocer su necesidad. No lo dejó pensando en peces... sino en la santidad del que estaba en su barca. Y es ahí donde ocurre el verdadero cambio. Porque Jesús no hizo el milagro solo para mostrar poder, sino para mostrar quién es Él... y quién es Pedro delante de Él. Y esa es la obra que puede hacer también en tu vida: Darte un destello de su gloria para abrir el interior de tu corazón.

Ora: Señor Jesucristo, no permitas que tus bendiciones nos engrandezcan sino que doblegue nuestros corazones en reconocimiento de tu gran poder. Amén.

CUANDO JESÚS PASA POR TU MESA

“Después de estas cosas salió, y vio a un publicano llamado Leví, sentado al banco de los tributos públicos, y le dijo: Sígueme. Y dejándolo todo, se levantó y le siguió”.

Lucas 5:27-28

Jesús iba pasando cuando vio a un hombre llamado Leví, sentado en su mesa de impuestos, haciendo lo mismo de siempre. Era un día más en su rutina... hasta que Jesús se detuvo frente a él y le dijo simplemente: “Sígueme”. Y lo sorprendente es esto: Leví lo dejó todo, se levantó y lo siguió.

Leví no solo dejó un oficio; dejó una posición ventajosa, un trabajo que, aunque despreciado, le daba una gran ganancia. Abandonó una seguridad económica real por una vida en la que Jesús no le ofreció ningún “paquete de beneficios”. Pero, al mismo tiempo, dejó atrás un lugar que le había ganado el odio de sus compatriotas... para entrar en el amor de Aquel que lo llamaba por su nombre.

La historia de Leví nos recuerda que nadie está demasiado lejos para que Jesús lo alcance. Él no vino a buscar a los que se sienten sanos, fuertes o autosuficientes, sino a los que reconocen su necesidad. Y Jesús sigue llamando hoy. Llama a quienes están listos para levantarse de sus propias “mesas de impuestos”: sus viejas formas de vivir, sus apegos, sus sombras... y seguirle. Y cuando alguien responde al llamado, la transformación es palpable: el gozo se desborda, las casas se abren, y otros también son invitados a sentarse a la mesa con Cristo. Permíteme hacerte una pregunta: ¿Estás abriendo tu casa, tu vida y tu corazón para que otros también conozcan al Salvador?

Ora: *Gracias, Señor, por llamarme a servirte. Permite que mi vida invite a otros a conocerte y seguirte. Y que nuestros corazones estén siempre dispuestos a responder a tu llamado. Amén.*

ANTES DE DAR EL PASO

“En aquellos días él fue al monte a orar, y pasó la noche orando a Dios. Y cuando era de día, llamó a sus discípulos, y escogió a doce de ellos...”

Lucas 6:12-13

A veces vivimos la vida en modo “piloto automático”. La comunión con Dios se vuelve ocasional... y, en algunos casos, casi inexistente. Y hasta pensamos: “Bueno, al final Dios hará lo que quiera”. Pero esa no es la visión bíblica. Ni siquiera Jesús caminó así.

Piense en esto: ¿Puede imaginar al Hijo de Dios orando? ¿Por qué tendría que hacerlo si, en teoría, el Padre le daría todo lo que pidiera? Porque no es tan simple. La oración no es un trámite ni un ritual vacío. La oración es comunión. Es dependencia. Es reconocer que no podemos caminar en la voluntad de Dios sin la guía de Dios. Por eso Jesús, mientras la oposición contra Él aumentaba y los líderes religiosos preparaban su ataque, se retiró a orar toda la noche. Sabía que había llegado el momento de escoger a quienes continuarían su obra. Los futuros apóstoles. Los que llevarían su mensaje al mundo.

Y, sin embargo, no era un grupo impresionante. No eran los más preparados. No venían de la élite religiosa. Eran hombres falibles, impulsivos, a veces inestables... exactamente como nosotros. Pero Jesús oró por ellos antes de llamarlos. Oró por ellos antes de enviarlos. Oró por ellos antes de confiarles su misión. Hoy, detén el piloto automático. Haz lo que Jesús hizo en el monte: detente, ora y deja que Dios prepare tu corazón antes de elegir.

Ora: *Ayúdame, Señor, a depender de ti y a confiar en el camino que tienes preparado para mí. Permite también que mi relación contigo sea constante y sincera. Amén.*

EL FUNERAL QUE JESÚS INTERRUPIÓ

“Y cuando el Señor la vio, se compadeció de ella, y le dijo: No llores”.

Lucas 7:13

La muerte es una de las experiencias más dolorosas que enfrentamos. Nos confronta con nuestra fragilidad y nos arrebató a quienes amamos. Perder a alguien cercano es como sentir que nos arrancan un pedazo del alma. Pero imagina vivir ese dolor dos veces con la misma persona. Imagina despedirte... llorar... sentir el vacío... y luego volver a enfrentar la misma historia. Eso le ocurrió a la viuda de Naín: primero perdió a su esposo, y ahora caminaba detrás del ataúd de su único hijo. No tenía a nadie más.

Y entonces Jesús apareció en el camino quien, al verla, dijo: “No llores”. Palabras que, en cualquier boca humana, sonarían insensibles, pero en labios de Jesús eran una promesa. La viuda no pidió un milagro, pero Jesús la vio. La notó entre la multitud y se conmovió... y tocó lo que nadie se atrevía a tocar: el féretro. La Vida tocó a la muerte... y la muerte retrocedió.

Y eso es lo que Jesús sigue haciendo hoy. Tal vez no estés caminando detrás de un ataúd, pero quizá llevas en tus manos algo que parece muerto: una relación, un ánimo por los suelos, o tu fe, que apenas conserva un pulso. Jesús no solo tiene poder para levantar lo que murió... también tiene compasión para detenerse frente a tu dolor. Él sigue entrando en nuestras ciudades, interrumpiendo nuestros funerales interiores, y decir: “No llores... yo estoy aquí”.

Ora: Señor Jesucristo, mira mi dolor y sana aquellas partes afectadas en mi vida. Consuélame en medio de la dificultad y dame la esperanza de una vida eterna a tu lado. Amén.

LO QUE JESÚS CONOCE

“Cuando vio esto el fariseo que le había convidado, dijo para sí: Este, si fuera profeta, conocería quién y qué clase de mujer es la que le toca, que es pecadora”.

Lucas 7:39

¿Puede imaginar una falta de hospitalidad más grande que la de este fariseo? Después de hacer todo lo posible para que Jesús viniera a su casa, se sentara a su mesa y compartiera con él, no se preocupó ni siquiera por las cortesías más básicas. No le lavó los pies —como era la costumbre— ni proporcionó agua para que Jesús lo hiciera. Mucho menos se detuvo a mostrarle un gesto que reflejara la grandeza de Aquel que estaba frente a él.

Pero la falta no era solo externa. Jesús percibió algo más profundo: Simón tampoco tenía un lugar para Él en su corazón. Sus pensamientos, aunque silenciosos, fueron expuestos por el Maestro. Y en ese instante quedó claro: Simón no invitó a Jesús por convicción, ni porque reconociera su necesidad espiritual... lo invitó por curiosidad, por apariencia, quizá por interés social. Pero no por amor.

Y en ese escenario irrumpe una mujer de mala fama, quien —sin palabras— hace todo lo que Simón no hizo. Lava los pies del Señor con lágrimas. Los seca con su cabello. Los unge con perfume. ¿Por qué? Porque al que mucho se le perdona, mucho ama. Simón no pudo dar amor porque nunca reconoció cuánto necesitaba ser perdonado. Y esa es una verdad que nos alcanza a todos: nadie puede dar lo que no tiene.

¿Qué lugar tiene Jesús en tu vida? ¿En tu corazón? ¿En tu casa? ¿Lo tratas como un invitado ocasional... o como el Señor que merece tu amor, tu entrega y tu adoración?

Ora: *Abre mis ojos, Señor, para ver el perdón que me has otorgado. Enséñame a amarte y a vivir con gratitud hacia ti, reconociendo siempre lo que has hecho por mí. Amén.*

PUERTAS ABIERTAS

“Entonces Jesús dijo: ¿Quién es el que me ha tocado?”.

Lucas 8:45

¿Alguna vez te has preguntado si Dios realmente tiene espacio en su agenda para tu dolor? Imagina a la mujer del relato. Doce años de sufrimiento... doce años de cargar no solo con el dolor físico, sino con el peso del rechazo. Había gastado todo lo que tenía buscando alivio, y lo único que había encontrado era más soledad. Sus barreras eran enormes: su enfermedad, su pobreza... y, sobre todo, el estigma que la marcaba como “impura”. Ella no debería estar allí. No debería estar entre la gente. Y aun así, con el corazón lleno de esperanza, se abrió paso hasta Jesús.

Y lo hizo en un momento que, humanamente hablando, parecía el peor. Jesús estaba camino a atender una emergencia: la hija de un hombre influyente estaba a punto de morir. Las multitudes lo apretaban. Todos esperaban algo de Él. Pero cuando esta mujer tocó el borde de su manto, Jesús se detuvo. Buscó su rostro entre cientos de personas. Porque ese toque no pasó desapercibido para Él.

Qué hermoso es saber que Jesús siempre tiene tiempo para ti. Aunque el mundo esté apresurado... aunque otros parezcan más importantes... aunque pienses que tu necesidad no merece atención... Él se detiene por ti. No necesitas una cita. No debes cumplir requisitos. Si Jesús se detuvo en medio de una multitud para una mujer anónima, escondida detrás de su vergüenza y su dolor... también se detiene por ti.

Ora: *Gracias, Jesús, por escuchar mi clamor en medio de tantas voces. Te ruego que sanes el dolor que hay en mí y veas mi necesidad de ti. En tu nombre, amén.*

CONFESIÓN Y CONFUSIÓN

“Él les dijo: ¿Y vosotros, quién decís que soy?”.
Lucas 9:20

¿Quién es realmente Jesucristo? Tarde o temprano, esa pregunta aparece. A veces surge en medio de una crisis espiritual... otras veces como una simple inquietud intelectual. Pero esta no es una pregunta que puedas ignorar por mucho tiempo. ¿Cómo no detenernos, al menos por un momento, a considerar la vida de quien ha sido llamado el personaje más influyente de toda la historia?

Cuando comiences a prestarle atención a Jesús, te darás cuenta de algo: hay muchas opiniones... demasiadas, quizás. Algunos lo ven como un sabio maestro. Otros, como un revolucionario. Otros más... lo llaman profeta. Y claro, hay quienes simplemente lo ignoran.

Pedro no dudó. Frente a la pregunta directa de Jesús, respondió con convicción: “Tú eres el Cristo de Dios”. Esa confesión no era cualquier cosa. Decir que Jesús era el Cristo —el Mesías— significaba reconocer que Él era el ungido prometido, el enviado de Dios, el cumplimiento de siglos de profecía, el único capaz de traer salvación al mundo. No era una opinión más. No era una frase bonita. Por eso, la forma en que respondas esa pregunta —¿quién dices tú que es Jesús?— determinará no solo tu visión del mundo... sino tu eternidad. Hoy, Jesús te hace esa misma pregunta. Y no quiere una respuesta aprendida, ni una repetición de lo que otros han dicho. Quiere escucharte a ti. Desde tu corazón.

Ora: Señor, abre mi corazón para reconocerte como mi Salvador y Redentor. Fortalece mi fe y convicción, en tu nombre. Amén.



CANDIDATOS PARA LA GRACIA

“Señor, ¿quieres que ordenemos que baje fuego del cielo, y que acabe con ellos?”.

Lucas 9:54

¿Te sientes desanimado porque no ves un cambio significativo en tu vida? ¿Te frustra dar un vistazo a tu corazón y encontrar anidados sentimientos de amargura, pensamientos pecaminosos, y falta de dominio propio? Quizá te anime saber que es difícil que haya un cristiano que no haya pasado por esas mismas luchas. Por eso alguien dijo que “no hay un santo sin un pasado, ni un pecador sin un futuro”.

Es el caso de Juan, el discípulo de Jesús. Antes de que escribiera sus emotivas cartas, su temperamento era distinto. Antes de que llegara a ser el “apóstol del amor”, era conocido, al igual que su hermano, como el hijo del trueno. Y si no sabe lo que esto significa, aquí tiene dos ejemplos. En el primero muestra su intolerancia hacia alguien que no forma parte del grupo. En el segundo responde de forma agresiva a la negativa de ser recibidos por los samaritanos. Me pregunto si realmente Juan tenía el poder para hacer descender fuego del cielo, aunque lo dudo. De lo que sí estoy seguro es que su corazón no parece estar en sintonía con el Señor.

El cambio radical en la vida de Juan nos da esperanza a todos. Quizá lleve más tiempo del que imaginamos, y de vez en cuando necesitamos una repreensión del Señor. No se desaliente. Nuestro amoroso Dios está listo para guiarle a ser más como su Hijo Jesucristo.

Ora: *Querido Dios, gracias porque no soy el único que tiene luchas, y por no dejarme solo al continuar mi camino. En el nombre de Jesús, Amén.*





Huascar de la Cruz, director del Ministerio Reforma

Suscríbete a nuestro canal de YouTube y no te pierdas de todo el contenido que hemos creado para ti



visita nuestra página web:
www.ministerioreforma.com





Haz lo que muchos han hecho alrededor del mundo, renovando su vida espiritual haciendo de CADA DÍA su devocional.



Los devocionales han sido una bendición. Esta mañana lo compartí con algunas madres de la iglesia y las motivé a compartirlo también.
Lidia Macías, California, Estados Unidos



Estas reflexiones son muy buenas y les agradezco las compartan. Dios les bendiga.
Silvia Carrera, Yucatán, México

Desde hace mucho tiempo he sido bendecido con la asistencia espiritual de ustedes como equipo, a través de sus meditaciones, y he sido de mucha ayuda para mi familia y congregación.
Adrian Padrón, Cuba,

¡Qué linda palabra! Dios los bendiga y los guarde siempre. A todo el grupo de Reforma, muchas gracias. Un fuerte abrazo para todos.
Luz Henao, Cuba





Tú también puedes ser parte de nuestra comunidad, te esperamos en nuestras redes sociales.

facebook:



YouTube:



Instagram:



¡Nos encantaría saber de ti!

Si tienes alguna duda o sugerencia
puedes escribirnos a:

cadadia@ministerioreforma.com

o enviarnos un mensaje a nuestra página
de facebook:

Ministerio Reforma



EL GOZO DEL ESPÍRITU

“Pero no os regocijéis de que los espíritus se os sujetan, sino regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos”.

Lucas 10:20

El evangelio no es enemigo de la alegría. Pero aun en el evangelio hay de gozo a gozo. Hay un gozo profundo que produce la obra del Señor: un consejo que dio fruto, una división sanada. Pero a veces ese gozo puede desviarse a celebrar los resultados y perder de vista al dador. Es algo más o menos como ocurrió a los discípulos, contentos de que aun los demonios se les sujetaban en el nombre de Cristo.

Jesús sabe algo más. Sabe que hay un gozo aún más profundo... un gozo más grande que el poder... más grande que los resultados, más grande que la victoria visible. Él los llama a elevar su gozo, no tanto por lo que pasó con el maligno, sino por lo que Dios ha hecho en ellos. Este es el gozo que permanece. Es el gozo que no depende de cuántos escucharon, cuántos se convirtieron, o cuántos milagros ocurrieron. Es el gozo que nace del Espíritu...el gozo de la salvación. Es también el gozo que alegra el corazón de Dios. Porque se trata de alegrarse en lo más profundo: en su gracia. La gracia que rescata al perdido, levanta al caído y perdona al culpable.

Este es el gozo de saber que el Dios que salva... salva completamente. Y esta salvación representa la victoria más grande sobre el enemigo. Porque Satanás, que reclama autoridad sobre nuestras almas, es confrontado con una verdad que no puede negar: que ya no le pertenecemos... que ahora somos de Cristo.

Ora: *Gracias Dios por el regalo de la salvación. Que nuestras vidas celebren tu gracia y amor, y reconozcan que nos liberado de las manos del enemigo. En Cristo Jesús, Amén.*

¿A CUÁL DE LOS TRES TE PARECES?

“Pues bien, ¿cuál de esos tres te parece que se hizo prójimo del hombre asaltado por los bandidos?”.

Lucas 10:36

El amor al prójimo no es opcional. Es una invitación divina a convertirnos en bendición para otros, especialmente en momentos de necesidad. Es caminar y vivir con los ojos abiertos y con un corazón dispuesto. ¿Y si hoy el Señor te pidiera hacer una pausa, dejar a un lado tus planes, para ayudar a alguien que necesita una mano?

Jesús le dio esta misma lección a un maestro de la ley que quería saber a quién debía considerar su prójimo. Y en lugar de ofrecer una definición teórica, le contó una historia... una que, dicho sea de paso, suena demasiado actual. Un hombre asaltado, herido, abandonado junto al camino. Dos líderes religiosos pasan cerca, lo ven, y siguen de largo. Pero un extranjero —alguien que el maestro de la ley ni siquiera consideraba cercano a Dios— se detiene, se conmueve y actúa. Jesús le está diciendo que el amor verdadero no pregunta de dónde vienes, cómo luces o a qué grupo perteneces. El amor reconoce el valor sagrado de cada persona delante de Dios.

Practicar este mandamiento no solo transforma a quienes reciben nuestra ayuda; también transforma nuestro propio corazón. Dios se encargará de ponernos en el camino oportunidades que quizá nunca imaginamos, momentos precisos para compartir con otros la gracia que Él nos ha dado. Y cuando lleguen, recordemos la voz de Jesús que nos dice: “Ve, y haz tú lo mismo”.

Ora: *Padre, dame la buena disposición para reflejar tu amor y ayudar a aquellos que están en necesidad. Por Jesús, te lo pido,
Amén.*



EL SECRETO DE LA ORACIÓN

“Aconteció que estaba Jesús orando en un lugar, y cuando terminó, uno de sus discípulos le dijo: Señor, enséñanos a orar, como también Juan enseñó a sus discípulos”.

Lucas 11:1

¿Acaso no es hermosa esta escena? Los discípulos ya llevaban tiempo caminando con Jesús. Habían escuchado sus enseñanzas, visto sus milagros, y aun así reconocen que no sabían orar como debían. Y si los discípulos necesitaban aprender... ¿cuánto más nosotros? Y aun en su defecto, hay algo digno de imitar. Los discípulos no fingen saber más de lo que saben. No presumen madurez. Y esa sinceridad es parte esencial de una oración auténtica.

Además, buscaron la escuela correcta. Cuando vieron orar a Jesús, entendieron que la oración no era un discurso elaborado, ni una fórmula repetida, ni un ritual mecánico. Era algo vivo. Y aprendieron algo que nosotros también necesitamos recordar: la oración no es tanto cuestión de técnica como de confianza. El contenido puede enseñarse. Las palabras pueden aprenderse. Las disciplinas pueden practicarse.

Pero el corazón de la oración es esto: creer que Dios es Padre, y que su puerta está abierta. Por eso Jesús, en este mismo capítulo, dirá: “Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá” (Lucas 11:9). Haz lo que hicieron los discípulos: Acércate a Jesús. Mira cómo ora. Pídele que te enseñe. Porque el secreto no está en orar “mejor”, sino en confiar más profundamente. La oración comienza cuando un hijo se acerca a su Padre con sencillez, con necesidad y con fe.

Ora: *Señor Jesús, dame un corazón que refleje con sinceridad y sencillez mis palabras, pero sobre todo, más fe y confianza en que nuestro Padre me escucha y responderá. Amén.*



SIN PERDER DETALLE

“Pues aun los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. No temáis, pues; más valéis vosotros que muchos pajarillos”.

Lucas 12:7

El Señor usa una imagen sorprendente para hablarnos del cuidado de Dios: ilos cabellos de nuestra cabeza están contados! Es un detalle tan minúsculo que ninguno de nosotros intentaría llevar ese registro. Y sin embargo, Jesús lo menciona para mostrarnos cuán profundo, preciso y tierno es el amor del Padre. Nada en nuestra vida pasa desapercibido ante Sus ojos.

Pero la enseñanza va más allá de un recurso estilístico. En un mundo dominado por el temor, la ansiedad y la incertidumbre, los creyentes podemos descansar. Dios no solo nos conoce... nos conoce por completo. Si cuida de los pajarillos —criaturas pequeñas que Él mismo alimenta—, ¡cuánto más cuidará de sus hijos!

Claro, decirlo es más fácil que creerlo. Vivimos tiempos peligrosos, inciertos, a veces abrumadores. El miedo parece tener razones de sobra. Pero Jesús nos recuerda algo que no podemos olvidar: si Dios nos amó al punto de entregar a su propio Hijo por nosotros, entonces incluso la muerte está bajo Su dominio. No hay circunstancia que Él no pueda sostener, no hay amenaza que escape a Su soberanía, no hay preocupación que Él no haya tomado en cuenta. Así que, descanse en ese amor. Entréguele sus miedos. Recuerde que el Dios que cuida de los detalles más pequeños de su vida es el mismo que ha asegurado su eternidad en Cristo.

Ora: *Dios mío, en medio de las dificultades recuérdame que estás cuidando de mi vida entera. Ayúdame a descansar en tu amor y tu soberanía. Por amor de Jesús, Amén.*

CUÁNTO VALES PARA DIOS

“No os afanéis por vuestra vida, qué comeréis; ni por el cuerpo, qué vestiréis. La vida es más que la comida, y el cuerpo que el vestido”.

Lucas 12:22-23

Jesús habla a la gente humilde de su tiempo. No contaban con una cuenta en el banco, no gozaban de beneficios en sus trabajos, y muchos ni siquiera tenían un empleo estable. Era fácil dejarse vencer por la preocupación de no poder garantizar el alimento y el vestido al menos para su familia. Nosotros quizá no entendemos de la bolsa de valores, pero sí nos preocupa el valor de nuestro bolsillo. Nos aflige no tener los recursos para sostener nuestro ritmo de consumo, especialmente en días de hot sales.

Cristo corrige nuestra escala de valores tan desajustada en esta sociedad de consumo en la que vivimos. Él nos invita a darnos cuenta que como humanos somos más importante que las cosas por las cuales nos preocupamos. “¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido?”. A veces cuesta trabajo creerlo, y llegamos a darle más valor a las cosas que a la vida misma.

Dios también quiere que recuerdes que para él tú eres más valioso que las aves. “¿No valéis vosotros mucho más que ellas?” nos pregunta. Dios las cuida y las alimenta, pero los seres humanos tienen un valor mucho mayor para él. Nosotros estamos destinados para la eternidad. Así que tú eres importante para Dios. Lo que no estoy seguro es si Dios es importante para ti. Porque, aunque Dios cuida de todos, él pone especial atención en aquellos que considera sus hijos.

Ora: *Padre celestial, gracias por tu cuidado y provisión. Ayúdame a ver el valor que tengo para ti como hijo y enséñame a amarte como me has amado. En el nombre de Jesús, Amén.*

SORPRESA EN EL CIELO

“Entonces comenzarán a decir: Delante de ti hemos comido y bebido, y en nuestras plazas enseñaste”.

Lucas 13:26

Jesús está hablando del fin de los tiempos, del día del juicio. Ese día en que nada quedará oculto y toda verdad saldrá a la luz. Pero en este pasaje, Él fija su atención en personas que, en vida, frecuentaban la iglesia, escuchaban sus enseñanzas, e incluso se sentían cómodas llamándole “Señor”.

La sorpresa que reciben es devastadora. Ellos estaban convencidos de su buen estatus espiritual. Creían ser parte de la familia de Dios. Estaban seguros de su salvación... cuando en realidad no lo estaban. Jesús revela la razón: había hipocresía en sus corazones. Eran “hacedores de maldad”, personas cuya vida no coincidía con la fe que decían tener. Habían logrado ocultarlo mientras vivían... pero en el día final, cuando toda pretensión se desvanece, quedó claro que nunca habían conocido verdaderamente al Señor.

Intentan sacar sus credenciales: “Comimos contigo”. “Te escuchamos enseñar”. “Estábamos cerca de tus cosas”. Sí... estuvieron cerca, pero nunca dentro. Por eso Jesús insiste: “Esforzaos a entrar por la puerta angosta” (Lucas 13:24). No hay atajos. No hay accesos alternos. No hay una puerta secundaria para los que parecen cristianos, pero no lo son. La única entrada es Cristo mismo —su gracia, su obra, su señorío—. Por eso, la pregunta no es: “¿Estoy cerca de las cosas de Dios?” La pregunta es: “¿Está Cristo realmente en mi vida?”.

Ora Examina mi corazón, oh Dios, y librame de una fe aparente.
Prepárame para el día del libro en fe y verdad. En Jesucristo, tu
Hijo. Amén.

JESÚS Y LA FAMILIA

“Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo”.

Lucas 14:26

A primera vista, estas palabras de Jesús suenan duras. “Aborrecer” a la familia parece una exigencia extrema, casi contraria al amor que Él mismo nos enseña. ¿Cómo puede el Maestro que nos llama a honrar a nuestros padres pedir algo así? Pero Jesús está usando un recurso típico de su cultura: una expresión fuerte para subrayar una verdad profunda. Por eso es útil leer este pasaje a la luz de otro donde Él mismo lo explica con claridad: “El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí” (Mateo 10:37).

Jesús no nos llama a odiar a nuestra familia. Lo que nos está diciendo es que Él debe ocupar el primer lugar en nuestro corazón. En términos de discipulado, Él es nuestra máxima lealtad, el eje que ordena todas nuestras prioridades. Y lo hermoso es que cuando Cristo es primero, la familia no pierde, gana. Cuando amamos a Dios sobre todas las cosas, entonces podemos amar a los nuestros de manera más profunda y más sana.

Ser discípulo no significa desentenderse de la familia, sino conducirla hacia Cristo. Que nuestros hijos conozcan al Señor a través de nuestro testimonio. Que nuestro cónyuge vea que Cristo es nuestra roca. Que nuestros padres y hermanos reconozcan en nosotros una vida guiada por el amor de Dios. Poner a Jesús primero no empobrece nuestras relaciones; las transforma.

Ora: *Enséñame a amarte más, Señor, poniéndote siempre en primer lugar y ayúdame mostrarle a quienes me rodean que vives en mí para que ellos puedan acercarte a ti. Amén.*

FIESTA EN EL CIELO

“Os digo que así habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento”.

Lucas 15:7

Muchos piensan que el cielo debe ser un lugar aburrido. Creen que si no disfrutan todo aquí, ya no habrá otra oportunidad. Se imaginan el cielo como un sitio sin alegría y a Dios como un aguafiestas celestial. Pero cuidado... esa no es la imagen que Jesús nos dio.

Jesús habló del infierno —y no lo describió como el lugar pintoresco y divertido que algunos imaginan—, pero también habló del cielo. Y lo presentó como un lugar especial, encantador, ideal para pasar la eternidad. Sus palabras en Lucas 15:7 no dejan lugar a dudas: “Hay gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente”. Gozo. Alegría. Regocijo. Cuando alguien decide dejar sus caminos torcidos... hay fiesta. Cuando una persona le da la espalda al pecado y vuelve a Dios... el cielo celebra.

Más adelante Jesús añade que hay fiesta delante de los ángeles de Dios. Es decir, el cielo estalla de alegría cuando un alma es rescatada. Seguro que hay gozo por muchas cosas, pero la salvación de una sola persona es motivo especial de celebración. Quizá tú te preguntas si Dios puede perdonarte. Si estaría dispuesto a recibirte de nuevo en su hogar. Quizá sientes que no eres digno de su misericordia. Pero escucha bien lo que Jesús dice: No solo te recibe... te recibe con alegría. Con celebración. Con una fiesta que comienza en el corazón de Dios mismo.

Ora: *Gracias Señor, por gozarte en nuestro arrepentimiento. Ayúdanos a gozarnos también en nuestro camino de regreso a tu gracias. En Jesús oramos, Amén.*

¿ES POSIBLE PERDERSE EN CASA?

“¿O qué mujer que tiene diez dracmas, si pierde una dracma, no enciende la lámpara, y barre la casa, y busca con diligencia hasta encontrarla?”.

Lucas 15:8

Llama la atención el lugar donde la moneda se pierde. Mientras que la oveja se extravía en el campo y el hijo pródigo se pierde viviendo desenfrenadamente en una ciudad lejana, toda la historia de la moneda perdida ocurre dentro del hogar. La mujer no tiene que salir a buscar lejos ni esperar desde la puerta mirando al horizonte. La búsqueda sucede entre bolsas, gavetas, debajo de la cama, entre la ropa.

La mujer hace lo que cualquiera haría: busca con diligencia. Entonces surge la pregunta: ¿por qué criticaban los líderes religiosos a Jesús por venir a buscar lo que estaba perdido? ¿No deberían ellos ser quienes mejor entendieran el corazón de Dios por sus criaturas extraviadas?

Y aquí aparece una reflexión inquietante: ¿Es posible perderse en casa? Al parecer sí. La moneda no terminó en un callejón peligroso ni cayó en manos de personas malintencionadas. Se perdió en el lugar más familiar, más seguro... en su propio hogar. Así pasa también con muchas personas. A veces uno se extravía no fuera, sino dentro: dentro de la rutina, dentro de la indiferencia espiritual. Pero sea cual sea tu situación —si estás lejos o si te has perdido estando “en casa”— el Señor tiene buenas noticias para ti. Él vino precisamente para esto: para buscar y encontrar. Para recordarte que tienes un lugar en su rebaño, un espacio en su monedero, un asiento en su mesa.

Ora: *Ven a nosotros, Señor, y rescátanos de los lugares oscuros en que nuestra vida se encuentra. Y recuérdanos que tienes un lugar para nosotros En la eternidad. Amén.*

DOS VIDAS: UN MISMO FINAL

*“Había un hombre rico, que se vestía con ropa fina y elegante y...
Había también un pobre llamado Lázaro...”*

Lucas 16:19-20

Jesús comienza esta historia como quien abre una ventana a dos mundos muy distintos. Por un lado, un hombre que lo tiene todo: ropa de lujo, mesa abundante, comodidad garantizada. Por el otro, un hombre que no tiene casi nada: un pobre llamado Lázaro, enfermo, débil, acostado a la puerta de alguien que nunca le ofreció ayuda. No hace falta mirar muy lejos para notar que la desigualdad no es un tema nuevo. Todos sabemos que hay quienes viven con exceso y otros que apenas sobreviven.

Sin embargo, por más diferentes que sean nuestras vidas aquí, hay un momento en el que todos quedamos en el mismo nivel. Ricos y pobres, fuertes y débiles, todos llegamos al umbral de la muerte. Todos comparecemos delante de Dios. Ninguno tiene pase preferencial. Nadie puede evitar ese encuentro.

Esta parábola no solo habla de dinero; habla del corazón. Lázaro no tenía nada, pero tenía a Dios. El rico lo tenía todo, menos a Dios. Y esa diferencia —la única que realmente importa— se volvió eterna. Jesús no está condenando la riqueza ni glorificando la pobreza. Está mostrando que la verdadera riqueza se mide en relación con Dios, y que una vida sin Él, aunque esté llena de lujos, termina vacía. Y, esta verdad, vale la pena recordarla ahora, que podemos hacer enmiendas. Dios puede poner alguien cerca de ti, no para incomodarte, sino para recordarte de su amor.

Ora: *Dios mío, enséñame a valorar tu presencia en mi vida y guíame a hablar de tu amor al mundo, de manera que quienes te conozcan gocen de la verdadera riqueza. En Jesucristo, Amén.*

EL MILAGRO MÁS GRANDE

“Jesús, dijo: ¿No son diez los que fueron limpiados? Y los nueve, ¿dónde están? ¿No hubo quien volviese y diese gloria a Dios sino este extranjero?”.

Lucas 17:17-18

Imagínelo por un momento. Diez hombres marcados por una enfermedad que les robó casi todo: su hogar, su trabajo, su dignidad... incluso el derecho a abrazar a sus seres queridos. Diez historias de dolor caminando juntas en un solo grupo. Y de pronto, una palabra de Jesús desde la distancia, y luego el milagro. Se miran entre sí y no lo pueden creer: ¡están sanos! La piel limpia. El cuerpo restaurado. La vida de regreso.

La emoción debió ser indescriptible. La mente empieza a correr: “Puedo volver a casa”, “Puedo ver a mis hijos”, “Puedo trabajar”, “Puedo volver a ser parte de algo”. Y quizá por eso —entre la alegría, el llanto y la prisa— nueve siguieron su camino sin volver atrás. No sabemos si lo hicieron por emoción, confusión o simple descuido. Pero el punto sigue siendo el mismo: no regresaron a darle gracias al Dador del milagro.

Solo uno volvió. El menos esperado. Un extranjero, despreciado por su raza, pero poseedor de algo precioso: un corazón agradecido. Él entendió lo que los otros nueve no vieron: que el milagro más grande no fue recuperar la salud... sino encontrarse con Jesús. Y por eso Cristo resalta su fe. Mientras los nueve se fueron con cuerpos sanos pero destinos eternos inciertos, este hombre volvió a casa con mucho más que una piel restaurada: volvió con la seguridad de haber sido conocido, recibido y salvado por Dios.

Ora: Dame un corazón agradecido, Señor, que te alabe siempre y reconozca tu poder para sanar y salvar. Que nuestra vida te alabe siempre, Amén.

VECINOS DISTANTES

“Dos hombres subieron al templo a orar: uno era fariseo, y el otro publicano”.

Lucas 18:10

Estas dos personas llegaron a la misma hora, al mismo templo, con la misma intención: orar a Dios. Pero los parecidos terminan aquí. La pregunta más inquietante ¿cuál de las oraciones aceptará Dios: la del fariseo o la del publicano? Si en aquel día hubiéramos hecho una encuesta entre la gente de la comunidad, no habría disputa. El fariseo se hubiera llevado los likes, y la admiración.

¿El cobrador de impuestos? Quizá algunos memes burlones, pero difícilmente alguien le daría una posibilidad de ser escuchado por Dios. Y sin embargo, Jesús piensa diferente, Él no se dejaba deslumbrar por ese aparente sentido de piedad. Que Jesús les haya llamado “sepulcros blanqueados” no es casualidad. Se veían bonitos por fuera, pero por dentro el olor era nauseabundo. Y si algo delata al fariseo es su propia oración. Sus palabras son una ventana a su corazón. Su sentido de justicia se basa en compararse con los demás.

Y es aquí donde el publicano nos da una lección, a todos aquellos que somos fariseos en proceso de recuperación. Él sí vino a buscar a Dios. No estaba seguro si le escucharía. Pero lo que él dice es muy cierto. Él no ha vivido de acuerdo a los estándares divinos. Ha ofendido a un Dios santo. Su petición es simple: “Sé propicio a mí, pecador”. Y esas palabras son música en el cielo.

Ora: *Librame del orgullo, Señor, y dame la humildad para acercarme a ti y reconocer mis faltas. Que mi oración sea siempre sincera y agradable a ti. Amén.*

DEL ÁRBOL A LA MESA

“Al ver esto, todos murmuraban, diciendo que había entrado a posar con un hombre pecador”.

Lucas 19:7

Qué bendición tan grande es llegar a conocer a Jesús. Un día estamos atrapados en una forma de vivir que solo nos gana el rechazo de otros... y al siguiente descubrimos que somos parte de una familia con sabor eterno. Un día estamos lejos del Redentor, buscando apenas un árbol que nos permita verlo pasar... y al otro, lo recibimos como huésped de honor en nuestra propia casa. Así es el poder transformador del encuentro con Cristo: lleno de gracia.

Y lo más hermoso es que la obra de Jesús no se detiene en un momento inicial. Cuando Él entra a un hogar, su presencia trae luz y renovación. Bendice a la familia entera, porque donde llega la salvación también llegan las oportunidades nuevas. Nuestros seres queridos son expuestos a la bondad del evangelio, y nosotros mismos somos movidos a tomar decisiones que reflejan la vida nueva que hemos recibido. Así como Zaqueo, comenzamos a hacer enmiendas, a reparar, a vivir de manera coherente con la gracia que nos alcanzó.

Así que no deje la visita de Jesús en la puerta. No permita que su fe se quede en palabras bonitas o simples rituales. Si Cristo entró en la casa de un hombre marcado por el pecado, también puede entrar en la suya y transformarlo todo. Él no llega para observar; llega para restaurar. No llega para juzgarlo y dejarlo igual; llega para perdonarlo y renovar su vida desde adentro.

Ora: Señor, Jesús, Reconozco que necesito de ti y de tu restauración divina. Ven a mi hogar y transfórmame. En tu nombre,
Amén.

VEHÍCULOS DE SU GLORIA

“Id a la aldea de enfrente, y al entrar en ella hallaréis un pollino atado, en el cual ningún hombre ha montado jamás; desatadlo, y traedlo”.

Lucas 19:30

Un burrito común y corriente. Qué manera tan inesperada de dar inicio a la semana más importante de la historia. Para muchos, eso parecería impropio de un rey. Pero para quienes conocemos a Jesús, esto no debería sorprendernos. El Hijo de Dios que entró al mundo por un pesebre, que se rodeó de personas consideradas indeseables, y que cumpliría su obra de redención colgado de una cruz, difícilmente iba a escoger una entrada “digna” según nuestros estándares humanos. Su grandeza siempre ha brillado a través de lo que el mundo llama pequeño.

Y en todo esto hay una lección profunda para nosotros. Porque hay momentos en los que los seguidores de Cristo se sienten inservibles, sin mucho que ofrecer, o simplemente indiferentes ante la obra del Señor. No hay persona, talento, circunstancia o etapa de la vida que Él no pueda usar para algo valioso en su reino. Lo que el mundo desdén, Dios lo toma y lo convierte en vehículo de su gloria.

Así como aquel pollino, tal vez tú también te has sentido limitado, inseguro, sin mucho valor. Atado por dudas, por miedo, por la sensación de no tener grandes dones. Pero Jesús sigue diciendo: “Desatadlo y traedlo”. Y si un sencillo burrito pudo cargar al Rey que venía a salvar al mundo, cuánto más podrá Dios usar tu vida, justo como eres, para llevar esperanza donde Él te envíe.

Ora: *Quiero servirte, Señor, usa mi vida para compartir la historia de tu amor por la humanidad y la esperanza de una nueva vida en ti. Amén.*

EL TEMPLO EN ORDEN

“Y entrando en el templo, comenzó a echar fuera a todos los que vendían y compraban en él”.

Lucas 19:45

Qué escena tan contrastante. Mencionar el templo es pensar en un lugar sagrado y de recogimiento. Para los judíos, además, era un símbolo profundo de identidad: el recordatorio visible de que Dios habitaba en medio de ellos. Y aun para nosotros, creyentes del nuevo pacto, aunque ya no pensemos en un edificio físico, la palabra “templo” nos evoca un espacio donde la presencia de Dios mora y transforma.

Por eso lo que Jesús encuentra —aunque sea en los atrios— resulta impensable. Imagine llegar y descubrir que lo primero que se escucha no es adoración, sino gritos de vendedores ofreciendo precios, animales haciendo desorden y gente regateando como si estuvieran en un mercado. Así fue el recibimiento que encontró Jesús cuando, como el Mesías prometido, entró a Su casa. Lo que debía reflejar la gloria de Dios se había convertido en ruido, negocio y distracción. Un golpe duro... especialmente cuando sabemos quién acaba de cruzar esas puertas.

Y aun así, este episodio —aunque tenso y hasta violento— está lleno de esperanza. Jesús no solo revela el desorden; también viene a restaurar lo que está perdido. Él no permitirá que el ruido y la confusión arruinen el lugar donde Él ha decidido morar. Y esa sigue siendo nuestra confianza hoy: el Señor continúa velando por su iglesia y limpiando, enderezando y renovando lo que su gracia toca.

Ora: *Limpia nuestro corazón, buen Jesús, y quita de él todo lo que no aleje de ti e impida una correcta adoración. Bendice nuestras iglesias y renuévalas. Amén.*

CÓMO EVITAR EL ENGAÑO

“Y le preguntaron, diciendo: Maestro, ¿cuándo será esto? ¿y qué señal habrá cuando estas cosas estén para suceder? Él entonces dijo: Mirad que no seáis engañados...”

Lucas 21:7-8

Si hay un terreno donde es muy fácil perderse, es en el de las ideas sobre el fin del mundo. Predicciones sensacionalistas, supuestos profetas, fechas exactas, interpretaciones forzadas... todo eso termina despertando miedo, alimentando ansiedad o creando falsas expectativas.

El Señor lo sabía, y por eso advirtió a su pueblo. El apóstol Pablo también exhortó a la iglesia de Tesalónica a no dejarse engañar por ningún motivo y por ningún medio. Pero, basta que aparezca una noticia impactante, un rumor convincente o una teoría llamativa para que muchos comiencen a preguntarse si “ya llegó el final”. Y quizá usted mismo lo ha notado: este tema siempre vuelve.

El problema no es hacer preguntas; los mismos discípulos las hicieron. El verdadero peligro es a quién escuchamos. Lo más seguro es poner nuestra mirada y nuestros oídos en lo que Jesús dice. No en rumores, no en cálculos proféticos, no en voces alarmistas. Solo en su gracia, que es suficiente para sostenernos hoy y para guardarnos por toda la eternidad.

Y mientras tanto, nuestra tarea es difícil de eludir: vivir con fidelidad en el presente. No con miedo al futuro, sino confiados en que el mismo Jesús que habló de estos tiempos es el que nos acompaña, nos fortalece y nos llevará con Él. La mejor preparación para el mañana es caminar con Cristo hoy.

Ora: *Padre celestial, guarda nuestras mentes y corazones del engaño. Fija nuestra mirada en ti y en tu Palabra, para esperar el regreso de nuestro Señor Jesucristo. En quien oramos, Amén.*



